



ALABEN AL SEÑOR, TODOS LOS PUEBLOS

EL CONCILIO VATICANO II. UN CONCILIO PASTORAL¹

Asistí al Concilio Vaticano II² de dos maneras. Durante el último período de la fase preparatoria, por sugerencia del cardenal Lercaro al Papa S. Juan XXIII, participé en los trabajos de la comisión preparatoria “*de los seminarios y de la educación católica*”; en ese momento estaba enseñando en el seminario de Bolonia. Luego, desde el inicio de la segunda sesión, participé en los trabajos del Concilio Vaticano II como obispo auxiliar del mismo cardenal Lercaro. Era obispo desde hace seis días.

Dos intuiciones del Papa Juan XXIII

I. La convocación del Concilio

Sorprendió y conmocionó no poco a la Iglesia, porque especialmente después del Concilio Vaticano I (1869-70), que había definido el primado y la infalibilidad del Papa, parecía que el tiempo de los Concilios había terminado: “*como el Papa es infalible, que hable él*”.

Pero Papa Juan XXIII había sido preparado por el Señor, a lo largo de su vida, para hacer un Concilio.

Todo empezó a principios de siglo, cuando cuatro clérigos estudiantes, dos del Capranica y dos del Seminario Romano, solían visitar al Santísimo Sacramento en la Iglesia del Jesús y luego, fuera de la Iglesia, charlaban entre ellos.

Entre ellos un tal Angelo Roncalli.

Este último, ordenado sacerdote, en Bérgamo se convirtió en secretario de su obispo, Mons. Radini Tedeschi: obispo muy avanzado; y cuando falleció Mons. Radini Tedeschi, enseñó patrología; luego fue nombrado director de la Oficina Misionera de Bérgamo, y luego fue llamado a Roma a las Obras Misionales Pontificias. Más tarde, fue enviado a Bulgaria como nuncio apostólico y nombrado obispo. Permaneció en Bulgaria durante diez años y allí se dio cuenta de que los ortodoxos eran vistos con gran desconfianza. Había un poco la idea de que solo los católicos eran parte integral del proyecto de salvación.

Luego, siempre como nuncio apostólico fue enviado a Turquía, durante la II guerra mundial, y pudo conocer a mucha gente y salvar a muchos judíos, hasta que en diciembre de 1944 fue enviado de nuncio a París. Nombrado Cardenal, después de la nunciatura en París, en vez que en Roma, para presidir alguna congregación, va patriarca a Venecia (a los 72 años) y luego asciende al trono papal (a los 77 años) con el nombre de Juan XXIII.

Toda su vida le hizo comprender la importancia de un Concilio.

¹ Referencia: testimonio de Mons. Luigi Bettazzi, obispo participante

² Celebrado desde el 11 de octubre de 1962 hasta el 8 de diciembre de 1965, por un promedio de 2450 obispos (en tres años el número seguía cambiando)

II. La idea de un Concilio “pastoral”

Esto, de un Concilio “pastoral”, fue un poco extraño. Los Concilios por su naturaleza son dogmáticos: se hacen para esclarecer la verdad del dogma y este en cambio tenía que ser un Concilio “pastoral”.

Los veinte Concilios anteriores habían precisado cuáles son “las verdades”; este Concilio, el vigésimo primero en la historia de la Iglesia, dice cómo se las explicamos a la gente de hoy.

No cambiamos las verdades, sino la forma de presentarlas a la gente de hoy, que ha madurado en desarrollo cultural, responsabilidad personal y valor de la democracia.

El clima conciliar

Hay dos cosas típicas de este Concilio: haber sido un Concilio ecuménico y pastoral.

Los verdaderos convertidos del Concilio fuimos nosotros los obispos, mano a mano que avanzamos en el camino; así como nos dimos cuenta de que el Concilio, su maduración, su elaboración, su éxito, nos estaba encomendado realmente a nosotros, los obispos.

Los obispos hemos sido instrumento del Señor. Con alguien que manejó y otros que acogieron y compartieron... y finalmente, mirando hacia atrás, pudimos decir: «mira las cosas hermosas que pudimos hacer».

En la fase preparatoria se había recogido mucho material: las respuestas de los obispos a las peticiones del Papa Juan XXIII se habían agrupado en doce volúmenes.

Al final del Concilio de todo este material no queda rastro en los documentos conciliares: porque los preparadores habíamos mirado al pasado, mientras que los obispos en el Concilio miramos al futuro.

Además el Concilio no surgió de la nada. Algunas minorías trabajadoras y fructíferas habían perseguido y profundizado algunos temas.

1. El movimiento bíblico, que adelantó la idea de la Biblia para todos, aunque fue mirado con cierta sospecha: en aquellos tiempos, uno con una Biblia en la mano era protestante. La Biblia estaba reservada para los sacerdotes, los obispos y el Papa... no para todos .

2. El movimiento litúrgico, empujado por las grandes abadías benedictinas, que habían profundizado la referencia a los orígenes de la liturgia, modificada a lo largo de los siglos, pero... parecían cosas de monjes.

3. El movimiento ecuménico. Desde cuando el cardenal Mercier, arzobispo de Bruselas, se reunió con el anglicano Lord Halifax en la década de 1920. Pero eran cosas “prohibidas”.

En el Concilio alguien propuso el fruto de estas investigaciones, de estas intuiciones. Y los obispos, primero individualmente, luego en grupo, maduraron y profundizaron, con dificultad y con vivo diálogo entre ellos, los temas objeto del Concilio.

He aquí la importancia del Concilio Ecuménico: unos 2400 obispos de todo el mundo y de todas las culturas, de diferentes espiritualidades y sensibilidades, han experimentado el diálogo, profundizando los temas principales de la vida de la Iglesia, guiados por el Espíritu Santo que se sirve de los hombres, para este camino de renovación de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II fue el primer Concilio verdaderamente ecuménico a nivel humano.

Entre otras cosas, el Concilio nos hizo descubrir la colegialidad operativa (hoy diríamos: sinodalidad), incluso antes de descubrirla a nivel teológico.

En la apertura de la segunda sesión, el Concilio cambió su organización. Se habían designado cuatro moderadores, el cardenal Lercaro arzobispo de Bolonia, el cardenal Dofner arzobispo de Munich, el cardenal Suenens arzobispo de Bruselas y un hombre de la curia, el cardenal Agagianian. Sobre todos estaba la coordinación de la secretaría del Concilio.

Las cuatro constituciones

El camino del Concilio pastoral ha dejado su huella en las cuatro Constituciones.

Si los miramos (fueron 16 documentos conciliares: cuatro Constituciones, tres declaraciones sobre puntos particulares, nueve decretos de carácter práctico).

Cuanto más pasan los años, más nos damos cuenta de cómo constituyen cuatro dimensiones profundas y características de la vida de la Iglesia y de la vida cristiana.

¿Cuáles son estos cuatro documentos?

Son la Constitución litúrgica "**Sacrosanctum Concilium**", la Constitución sobre la Iglesia "**Lumen Gentium**", la Constitución sobre la Revelación "**Dei Verbum**" y la Constitución sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo "**Gaudium et Spes**".

Durante la primera sesión los obispos habían abordado el tema de las fuentes de la Revelación. Ya decir fuentes (al plural) quiere decir que hay por lo menos dos. La fuentes de la Escritura y la fuentes de la Tradición, que es el Magisterio de la Iglesia.

A los obispos no les gustó cómo se había desarrollado el tema y decidieron que había que cambiarlo. Se dirigieron a Juan XXIII y... se cambió.

La elaboración de la Constitución **Dei Verbum** llevará mucho tiempo.

I. Sacrosanctum Concilium

Mientras tanto, comenzaron a trabajar en lo que será la **Sacrosanctum Concilium**, es decir en el documento sobre la Liturgia. Al comienzo, este documento fue considerado un documento menor, la fijación de alguien, como el cardenal Lercaro.

De hecho, en aquella época se consideraba a la Liturgia como "el conjunto de las reglas que caracterizaban las ceremonias". El ideal de la Misa era el pontifical del Obispo con tantas luces y tanta música. Durante el pontifical no se daba la homilía ni la comunión, pero se enviaba a la gente al altar del Santísimo Sacramento. La liturgia era ceremonial.

Se decía «**asistir a la misa**», es decir, asistir a las cosas que hacen los demás. El cardenal Lercaro ya había dado un paso adelante, cosa desconcertante: después de haber leído la epístola y el Evangelio en latín, los hacía leer en italiano. En aquel tiempo no se leía el Antiguo Testamento, como hoy hacemos en la primera lectura.

El Concilio dejó claro que la Liturgia no es ceremonial, ni siquiera es pastoral, sino que es teología. No es la oración del sacerdote, para transformar el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, a la que la gente "asiste"... rezando el rosario, come era costumbre!

Hoy hemos redescubierto que la Misa es la oración de Jesucristo. Jesucristo vivió toda su vida como una oración. Entró en la eternidad en actitud de oración: «*Padre, en tus manos abandono mi vida. Padre perdónalos*». Toda su vida ha sido así. Abandonarse al amor del Padre en la entrega a los hermanos.

Y por eso, inventó la manera de hacerse presente, en todo tiempo y en todo lugar, no porque asistiáramos, sino porque participáramos, porque nos sumergiéramos en él.

Aquí entonces está la Liturgia. La liturgia es la oración de Jesucristo para que participemos de ella, nos sumerjamos en ella. Y como nosotros solos no podemos participar, porque el espíritu humano es un espíritu limitado, el Señor nos ha dado la presencia del Espíritu Santo.

¿Qué hizo Jesús cuando murió? San Juan, que escribe el último Evangelio, dice: «*Jesús dobló la cabeza y entregó el espíritu*» (Jn 19,30).

Significa que dando su último aliento comenzó a entregar el Espíritu Santo. Del costado de Jesús sale agua y sangre. Los antiguos Padres de la Iglesia decían: así como la novia-Eva nació del costado de Adán dormido, así la novia-Iglesia nace del costado de Jesús dormido en la cruz. Agua y sangre, bautismo y Eucaristía.

El Papa Pablo VI pues, cuando promulgó la “**Sacrosanctum Concilium**” durante la segunda sesión, llamó la atención de los Padres Conciliares sobre cómo el Señor se había asegurado de que el primer documento promulgado fuera el sobre la Liturgia.

II. "Dei Verbum"

Esta primera promulgación resolvió también otros problemas, empezando por la “**Dei Verbum**”, la Palabra de Dios. Escritura y Tradición de la Iglesia pues no son dos fuentes alternativas. Son la Palabra de Dios garantizada por la Iglesia. La Iglesia no reemplaza la Palabra de Dios, sino que la garantiza, porque asegura que estamos escuchando a Dios que nos habla. Es la fe.

Aquí vuelve entonces la idea del Concilio pastoral. Fe no es conocer bien todas las verdades: fe es decir sí a Dios que te habla; a lo que te pide cuando te involucra en su proyecto; es sumergirse en Cristo Jesús con la gracia del Espíritu Santo. Esto significa dar un sentido pastoral: dar un sentido personal, un sentido comunitario a nuestra fe.

Dos Constituciones hechas para abrirse a Dios e a lo demás; todo esto se ha derramado también en las otras dos grandes Constituciones: la “**Lumen Gentium**” y la “**Gaudium et Spes**”.

El gran problema de la humanidad es la superficialidad del saber. Sabemos todo y por eso ya no sabemos pensar. El pensamiento superficial conduce al individualismo, a lo que necesito en este momento. Estas otras dos constituciones van en contra de esta tendencia al individualismo, están hechas para abrirse a los demás.

III. Lumen Gentium

La Constitución litúrgica ya había iniciado a buscar una solución al problema de la Iglesia que será objeto de la Constitución “Lumen Gentium”. Un novelista inglés decía: «*en la Iglesia los laicos tienen tres actitudes fundamentales: de rodillas, sentados, con las manos en los bolsillos. De rodillas: cuando el sacerdote reza (asistir!); sentados: cuando el sacerdote habla, vosotros escucháis; con las manos en los bolsillos: cuando van a recoger las ofrendas*».

Eran las tres actitudes fundamentales del laico en la Iglesia porque la Iglesia era el clero, la Iglesia era el Papa: el Papa decía, la Iglesia decía.

Ahora bien, la Iglesia es Jesucristo y los que están juntos a Él. Cada uno de nosotros es Iglesia si está unido a Jesús.

Jesucristo vino a revelarnos cómo Dios ve el mundo y la vida del hombre (profeta); vino a divinizar el mundo (sacerdote); vino a unir a los hombres entre sí (rey y pastor).

Unido a Jesucristo, todo cristiano es profeta, es decir, debe mostrar cómo Dios quiere que se viva la vida humana: estamos llamados a ayudar a comprender cómo un cristiano debe ser profeta. Pensemos en la Madre Teresa: ella no convirtió a mucha gente, pero hizo pensar a mucha gente; esta es la profecía.

Unido a Jesucristo, todo cristiano es sacerdote. El sacerdocio es santificar el mundo en que estamos, hombres y mujeres que vivimos en la gracia del Señor.

Unido a Jesucristo, todo cristiano es rey. La realeza es un concepto antiguo. El Rey era el que reunía, el que hacía la unidad de los hombres. Jesucristo es Rey porque trae gloria a Dios y paz en la tierra a los hombres.

Unido a Jesucristo, todo cristiano está llamado a ser portador de unidad y de paz!

Esta es la Iglesia: Iglesia de comunión! La Iglesia como sacramento de Cristo, signo sensible no excluyente, sino signo sensible e instrumento eficaz para ayudar a todos los hombres a caminar hacia el reino de Dios, que es el mundo como Dios lo quiere.

IV. Gaudium et spes

Llegamos así a la cuarta Constitución. Al comienzo de la segunda sesión (septiembre de 1963, con Papa Pablo VI), los obispos estaban perplejos: en el Concilio abierto, el Papa Juan XXIII había promulgado en abril de 1963 la ***Pacem in terris***, una encíclica muy importante, sin hablar de ello con los obispos en Concilio.

Sin duda, es lo mejor del Papa Juan XXIII. Impresionado por haber sido un instrumento de paz durante la crisis cubana y haber evitado la guerra nuclear entre Rusia y América, preparó esta encíclica, que es su testamento espiritual.

La promulgó el 11 de abril de 1963 y murió el 3 de junio de 1963. Por primera vez un Papa hace una encíclica no por una verdad religiosa (sería su oficio, su tarea), sino que lo hace por un valor humano, la Paz. Tanto es así que se dirige no sólo a los cristianos, sino a todos los hombres de buena voluntad. Desde entonces, todas las encíclicas sociales se han dirigido a hombres de buena voluntad.

La Iglesia no es sólo madre y maestra, es también compañera de camino, hermana de todos los hombres de buena voluntad, de los hombres a quienes Dios ama.

Y fue precisamente a partir de esta encíclica que tomó forma la cuarta constitución, ***Gaudium et spes***, la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Fuerte es el llamado de la Gaudium et Spes a la paz. La paz descansa sobre cuatro pilares.

La verdad. La verdad de todo ser humano, contra toda discriminación. El punto de partida de todas las tensiones y guerras es la discriminación entre los hombres.

Justicia. El mundo está lleno de injusticias. Menos de un 20% de la humanidad consume más del 80% de los recursos y los demás sólo lo que queda. Estas son las grandes injusticias contra el destino universal de los bienes. El mundo está hecho para todos los hombres y debe estar al servicio de todos los hombres. La propiedad privada, individual y colectiva también está bien, pero cuando va en contra de la vida de los hombres se vuelve injusta.

Libertad. Todos estamos bien convencidos de la libertad, pero en general de “nuestra” libertad. Poner “un zorro libre en un gallinero libre” no es precisamente un ejemplo de libertad.

Perdón. Jesús decía: «*si uno te da una bofetada en tu mejilla derecha, ofrécele también la otra*» (Mt 5,39). Jesús también recibió una bofetada en la cara, durante la pasión, pero no puso la otra mejilla, sino que dijo: «*Si he hablado mal, demuéstreme la maldad; pero si he hablado bien, ¿por qué me golpeas?*» (Jn 18,23).

Ofrecer la otra mejilla pues significa “no responder a la violencia con otra violencia, sino responder de tal manera que el otro también detenga la violencia”.

No hay paz sin justicia y no hay justicia sin perdón.

El Concilio emitió sólo dos condenas. La primera es la condena de la guerra total, como se llamaba la guerra atómica. La segunda es la condena de la carrera armamentista, que quema recursos que podrían hacer frente a la miseria de la humanidad.

La herencia del Concilio Vaticano II

Los Papas han asumido la herencia conciliar. *Gaudium et Spes*, que tiene su origen en la *Pacem in terris* de Papa Juan XXIII, alimentó la *Populorum Progressio* de Pablo VI, y – veinte años después – en la *Sollicitudo rei socialis*, Juan Pablo II dice que el nuevo nombre de la paz es la solidaridad.

Estos son los frutos de la profunda renovación operada en el Concilio.

→ En definitiva, el Concilio Vaticano II indicó la responsabilidad personal de todo cristiano dentro de la Iglesia que, en virtud de su fe, debe ser fermento para que todos los hombres de buena voluntad caminen hacia un mundo de solidaridad, justicia y paz.



El abrazo entre Pablo VI y Atenágoras que cambió la historia de sus Iglesias, después de 1010 años

(5 de enero de 1964)